

Švaříčková Slabáková, Radmila (Ed.): *Family Memory. Practices, Transmissions and Uses in a Global Perspective*. New York, Routledge, 2022. 233 pp.

La memoria es a la historia oral lo que el agua a los seres humanos. No podría existir la una sin la otra. Sin embargo, así como durante estas primeras décadas del siglo XXI la historia oral no termina de florecer en el mundo académico (salvo en algunas universidades anglosajonas), en cambio, podemos ver cómo en este periodo hemos asistido a un *boom* de la memoria. Dentro de esta explosión, probablemente una de las autoras más referenciadas (y que aparece de forma constante también en ‘Family Memory’) es Marianne Hirsch con su concepto de ‘post memoria’. Según Hirsch, los traumas heredados (guerra civil española o Segunda Guerra Mundial), son parte de la identidad de la generación que hoy en día moldea el mundo y que, a pesar de vivir en una cultura postmoderna, no puede deslindarse completamente de estos grandes conflictos (de estas grandes narrativas). En este sentido, si desde las humanidades y las ciencias sociales nos hemos obsesionado con el término ‘post’ (postmodernidad, postconflicto, postmemoria...), y entendemos que la modernidad (basada en grandes narrativas en torno a la idea de progreso) no parece haber terminado, ¿cómo podemos encajar, dentro de esta compleja estructura, las ‘memorias familiares’?

Como Alessandro Portelli bien señala en el prólogo del libro, a lo largo del siglo XX hubo un cambio fundamental en la estructura de las familias europeas. Para finales del siglo XIX, las hijas y los hijos ya no se veían a sí mismos meramente como miembros del ‘clan’, sino que sentían que tenían autonomía para tomar sus propias decisiones. Así mismo, si en los comienzos del siglo XX las sociedades occidentales daban un gran valor a las tradiciones, a finales de ese siglo las nuevas generaciones se proyectaban hacia el futuro y el linaje familiar dejaba de ser tan relevante.

El punto principal de la editora de ‘Family Memory’, Radmila Švaříčková Slabáková, es que la familia es el ente principal sobre el que gira la comunidad y, sin embargo, no parece que los estudios sobre memoria hayan puesto suficiente atención sobre este tema. Tal vez porque, como veíamos más arriba, a los seres humanos nos fascinan los grandes conflictos bélicos y vemos con menos interés, hasta desidia, lo que ocurre dentro de las familias. Švaříčková, citando al gran teórico de la memoria, Maurice Halbwachs, nos recuerda cómo el concepto de familia ha ido cambiando radicalmente desde principios del siglo XX cuando Halbwachs idealizaba los lazos parentales: “a pesar de la distancia o la separación, los miembros de una familia se quieren todo el tiempo”. En el actual siglo XXI, la cultura postmoderna hace del individuo el principal ‘motor’ de la sociedad, y el amor hacia el cónyuge del que hablaba Halbwachs ha sido sustituido por el amor al ‘yo’. Sin embargo, como bien nos recuerda ‘Family Memory’, no se puede explicar ese culto al ‘yo’ sin entender las historias que los miembros de una familia se cuentan unos a otros. Este libro viaja por diferentes lugares del mundo para demostrar que, a pesar de que vivamos en una

‘aldea global’, la familia sigue siendo el lugar donde tomamos conciencia por primera vez de que somos seres humanos.

Especialmente relevantes son los capítulos del libro destinados a los países postcomunistas de Europa del este. Iliia Iliev, haciendo historia oral desde una pequeña ciudad del noroeste de Bulgaria, nos cuenta cómo en este país (y buena parte de Europa del este), las memorias sobre el comunismo permiten que afloren experiencias alternativas a la narrativa oficial (basada en una enmienda total al sistema socialista). Sin embargo, estos relatos alternativos no se traducen automáticamente en una nostalgia o voluntad de ‘restauración’ de una sociedad socialista. Apoyándose en la reconocida historiadora social Sheila Fitzpatrick, Iliev interpreta el sistema de estratificación social que implementó la URSS desde la herencia zarista, es decir, desde el linaje. Esta adaptación permitió a los regímenes comunistas (tanto la URSS como el resto de los países miembros del pacto de Varsovia), que incitaran a sus poblaciones a ‘demostrar’ sus orígenes socialistas, probando que en las anteriores generaciones familiares no hubiera rastros de ‘herencia burguesa’. El papel que ejerció el partido comunista dentro de la familia y sobre todo la situación social (si eran pobres o tenían una situación económicamente holgada antes de la Segunda Guerra Mundial), definen en gran medida las memorias sobre el comunismo en la Bulgaria del actual siglo XXI. Sin embargo, caeríamos en un error si asociamos la historia oral y los estudios sobre memoria exclusivamente desde la ‘historia desde abajo’. Zbyněk Vydra nos cuenta cómo los diarios y el simple hecho de dar importancia a las memorias personales fue algo que en Europa empezó, más que con ningún otro estrato social, con la aristocracia. Vydra nos lleva a la aristocracia rusa que sufrió las consecuencias de la revolución de 1917 y que, tras esta fecha, fue considerada ‘el pueblo anterior’. En este sentido, los descendientes de estas familias aristócratas, ‘enemigos de la clase trabajadora’ para el *establishment* soviético, recurrían a las autobiografías y a los diarios emocionales como un ‘escape’ a la estigmatización que sufrían dentro de su propio pueblo. Vydra explica cómo la nobleza rusa que consiguió exiliarse y evitar la represión idealizaba en sus memorias una Rusia zarista donde lo rural no estaba asociado a las condiciones de vida de los siervos, sino a la vida plácida en los grandes jardines de los propietarios. Para estos aristócratas, la vida prerevolucionaria era sinónimo de familia. La destrucción de las residencias rurales de la nobleza rusa durante la revolución de 1917 no solo representó la pérdida material de un objeto valioso, sino que simbolizaba también romper el vínculo que les unía a sus ancestros. Esta irreversibilidad del pasado (el ‘paraíso’ que nunca volverá) es el hilo narrativo que une gran parte de las memorias aristocráticas postrevolución de 1917. Vydra concluye cómo en la Rusia del actual siglo XXI hay un especial hincapié dentro del mundo académico por investigar las memorias familiares de las familias aristocráticas. Esta atención ha llevado, en algunos casos, a una idealización de la vida aristócrata hasta extremos de considerar el siglo XIX ruso como un periodo de ‘paz social’.

Algo común en todos los capítulos de ‘Family Memory’ es que, mediante las memorias íntimas de los individuos, podemos llegar a entender grandes traumas colectivos. La única historiadora española que colabora en el libro, Pilar Domínguez, nos relata las memorias de la segunda generación de mujeres republicanas exiliadas en México durante la guerra civil y la posterior dictadura. Eran, por lo tanto, las hijas de las exiliadas. Domínguez apela al concepto ‘guerra de memorias’, usado por la hispanista Helen Graham, donde da a entender que, en cierta forma, el recuerdo de la guerra y la dictadura no solo estuvo presente en los recuerdos de las

mujeres republicanas exiliadas en México, sino que hoy en día en España hay una lucha por los procesos de memorias colectivas. Las ilusiones que despertó la proclamación de la república en 1931 (haciendo reformas progresistas en materia de derechos civiles y laborales), se tornaron rápidamente en una planificación de exterminio cuando los rebeldes (conservadores, fascistas y demás fuerzas reaccionarias) ganaron la guerra en 1939. Según Domínguez, esta segunda generación de mujeres exiliadas en México consiguió algo que no habrían podido obtener en caso de que sus madres no hubiesen emigrado de España. Estas mujeres crecieron escuchando en la comida las ‘batallitas’ sobre la guerra civil y, de esta forma, en América Latina consiguieron crear una ‘comunidad de la memoria’, y la II República se convirtió en el centro desde donde giraban las ‘utopías’ políticas.

‘Family Memory’ no es el primer libro sobre memorias familiares. Expertas en procesos de memorias colectivas como Astrid Erll o Ashley Barnwell llevan tiempo trabajando en cómo el círculo más íntimo de las personas, la familia, moldea memorias que finalmente acaban afectando a procesos colectivos más grandes, como la constitución de una comunidad nacional. Sin embargo, ‘Family Memory’ sí es el primer libro en explorar las memorias familiares en diversas partes del mundo para luego explicar procesos colectivos tan importantes como genocidios o el uso de las memorias colectivas en los espacios públicos. Hoy en día vivimos en el *boom* de las memorias familiares. Y esto no se debe a ningún trabajo de investigación. Facebook o Instagram son redes sociales donde los usuarios están constantemente colgando fotos de sus familiares. Desde la universidad podemos ignorar este hecho pensando que será pasajero. O podemos tomárnoslo en serio y darnos cuenta de que hoy en día los ciudadanos quieren (y están en todo su derecho) ser sus propios *storytellers*.

Nicolás Buckley  
Universidad Europea de Madrid  
[nicolas.buckley@universidadeuropea.es](mailto:nicolas.buckley@universidadeuropea.es)